

*Dos para el camino*

Shelby y Miles reían cuando salieron de la Anunciadora. Emergieron con los filamentos oscuros de la sombra todavía enredados en la gorra de los Dodgers de Miles y en la coleta revuelta de Shelby.

Aunque Shelby estaba tan cansada como si hubiera hecho cuatro sesiones continuas de yoga Vinyasa, al menos ya estaban de vuelta en tierra firme. Firme y presente. En casa. Al fin.

El aire era frío y el cielo gris, aunque luminoso. Los hombros de Miles se alzaban delante de ella, blindando su cuerpo del viento intenso que batía la camiseta blanca que Miles llevaba desde que salieron del patio de la casa de los padres de Luce donde celebraban Acción de Gracias.

Hacía épocas.

—¡Lo digo muy en serio! —exclamó Shelby—. ¿Por qué te cuesta tanto creer que mi prioridad sea el bálsamo labial? —Se pasó un dedo por el labio y dio un respingo exagerado hacia atrás—. ¡Los tengo como papel de lija!

—Estás loca —espetó Miles, pero sus ojos siguieron el lento recorrido del dedo de Shelby por su labio inferior—. ¿El bálsamo es lo que más has echado de menos dentro de las Anunciadoras?

—Y mis podcasts —replicó Shelby, haciendo crujir con sus pisadas un montón de hojas secas—. Y mis ejercicios de yoga en la playa.

Llevaban mucho tiempo dando saltos por las Anunciadoras: de la celda de la Bastilla, donde habían conocido al prisionero fantasmal que no había querido decirles su nombre, al sangriento campo de batalla chino, donde no conocían a nadie y del que habían salido de inmediato, y, más recientemente, habían estado en Jerusalén, donde habían dado por fin con Daniel, que buscaba a Luce. Solo que no era el mismo Daniel. Iba unido —literalmente— a una especie de fantasma de su yo pasado. Y no había logrado liberarse de él.

Shelby no podía dejar de pensar en Miles y Daniel cercados por una lluvia de meteoritos; en el modo en que los dos cuerpos de Daniel —pasado y presente— se habían separado cuando Miles atravesó el pecho del ángel con la flecha.

En las Anunciadoras ocurrían cosas espeluznantes; Shelby se alegraba de haber terminado ya con eso. Ojalá no se perdieran en aquel bosque, de vuelta al campus. Shelby miró hacia lo que confiaba que fuera el oeste y se dispuso a conducir a Miles por aquella zona inhóspita y desconocida.

—La Escuela de la Costa debería estar por aquí —dijo.

El regreso a casa resultaba agridulce.

Miles y ella habían entrado en la Anunciadora con una misión. Habían accedido desde el patio de la casa de los padres de Luce después de que esta desapareciera, y fueron tras ella para traerla a casa de vuelta —como siempre decía Miles, a las Anunciadoras no había

que entrar a la ligera—, pero también para asegurarse de que estaba bien. Lo que Luce fuera para los ángeles y los demonios que se la disputaban les daba igual. Para ellos, era una amiga.

Pero, en su persecución, Luce no había dejado de escapárseles. A Shelby la había vuelto loca. Habían ido de destino raro en destino raro y, aun así, no habían hallado ni rastro de ella.

Miles y Shelby habían discutido en varias ocasiones sobre el camino que debían tomar y el modo de llegar allí, y Shelby odiaba pelearse con Miles; era como discutir con un cachorro. Pero lo cierto era que ninguno de los dos sabía en realidad lo que estaban haciendo.

Por el contrario, en Jerusalén había pasado algo bueno: los tres —Shelby, Miles y Daniel—, por una vez, se habían llevado muy bien. Ahora, con la bendición de Daniel (para algunos, con su orden), Shelby y Miles por fin volvían a casa. Por una parte, a Shelby le preocupaba abandonar a Luce, pero, por otra —la parte que confiaba en Daniel—, estaba impaciente por regresar a su sitio, a la época y al lugar que le correspondían.

Daba la impresión de que llevaban mucho tiempo viajando, pero ¿quién sabe cómo funcionaba el tiempo en las Anunciadoras? Shelby se preguntaba, algo nerviosa, si al volver descubrirían que habían pasado segundos o años.

—En cuanto lleguemos a la Escuela de la Costa, voy a ir derecho a darme una ducha caliente —dijo Miles.

—Sí, bien pensado. —Shelby se acercó a la nariz un buen pedazo de su gruesa coleta rubia y la olisqueó—. Quitarme del pelo esta peste a Anunciadora. Si es que es posible.

—¿Sabes qué? —Miles se acercó y bajó la voz, aunque no había nadie por ahí. Era raro que la Anunciadora los hubiera dejado tan le-

jos del recinto de la escuela—. Igual esta noche deberíamos entrar en el comedor y pillar galletas de esas hojaldradas...

—¿Las de mantequilla? ¿Esas que vienen en un tubo? —A Shelby se le pusieron los ojos como platos. Otra idea estupenda de Miles. No le venía mal tenerlo cerca—. Hummm, cómo he echado de menos la Escuela de la Costa. Me alegra estar de vuelta.

Cruzaron el perímetro arbolado y un prado se abrió ante ellos. Entonces Shelby cayó en la cuenta: no veía ninguno de los edificios de la Escuela de la Costa porque no estaban allí.

Miles y ella estaban... en algún otro sitio.

Se detuvo un momento y echó un vistazo a la ladera que los rodeaba. La nieve forraba las ramas de unos árboles que, de pronto, descubrió que no eran secuoyas californianas. Tampoco el camino embarrado y cubierto de nieve derretida de delante era la autopista de la Costa del Pacífico. Descendía varios kilómetros por la ladera hacia una ciudad de aspecto asombrosamente antiguo protegida por una inmensa muralla de piedra negra.

La imagen le recordaba uno de esos viejos tapices descoloridos en los que los unicornios retozaban delante de ciudades medievales que algún ex novio de su madre la había arrastrado a ver alguna vez en el Getty.

—¡Creía que estábamos en casa! —chilló Shelby, en un tono entre el bramido y el gemido. ¿Dónde estaban?

Se detuvo al borde del tosco camino y contempló la embarrada desolación que se presentaba ante sus ojos. No había nadie a la vista. Daba miedo.

—Yo también lo creía. —Miles se rascó la gorra, sombrío—. Supongo que no hemos vuelto del todo a la Escuela de la Costa.

—¿Del todo? Mira este conato de carretera. Y esa especie de fortaleza de ahí abajo —dijo espantada—. Y esos puntitos que se mueven... ¿son caballeros? Salvo que estemos en algún parque temático, ¡hemos ido a parar a la Edad Media! —Se tapó la boca—. Más vale que no pillemos la peste. Pero ¿qué Anunciadora abriste en Jerusalén?

—No sé. Yo solo...

—¡Jamás conseguiremos volver a casa!

—Que sí, Shel. He leído algo sobre esto... creo. Hemos retrocedido en el tiempo por saltar a través de las Anunciadoras de otros ángeles, así que quizá tengamos que volver a casa de ese modo también.

—Vale, ¿y a qué esperas? ¡Abre otra!

—No funciona así. —Miles se caló un poco más la gorra. Shelby apenas le veía la cara—. Tendremos que buscar a uno de los ángeles, y pedir prestada otra sombra.

—Lo dices como el que pide prestado un saco de dormir para una acampada.

—Escucha: si encontramos una que se cierna sobre el siglo al que pertenecemos de verdad, podremos volver a casa.

—Y eso ¿cómo se hace?

Miles negó con la cabeza.

—Pensé que lo había hecho cuando estábamos con Daniel en Jerusalén.

—Tengo miedo. —Shelby se cruzó de brazos y tembló de frío—. ¡Haz algo!

—No puedo hacer algo así, sin más, y menos si te pones a gritar.

—¡Miles! —Shelby se quedó paralizada. ¿Qué era ese estruendo que se oía a sus espaldas? Algo se estaba acercando por el camino con cierto estrépito.

—¿Qué?

Un carro destartado tirado por un caballo chirriaba hacia ellos. El ruido de los cascos era cada vez más fuerte. Enseguida, quien condujera el carro coronaría el cerro y los vería.

—¡Escóndete! —gritó Shelby.

La silueta de un hombre robusto sosteniendo las riendas de dos caballos pintos, de color pardo y blanco, emergió de repente en lo alto del camino. Shelby agarró a Miles por el cuello de la camisa. El joven se estaba toqueteando nervioso la gorra y, al ocultarlo de un tirón tras el tronco de un roble, la llamativa gorra azul se le cayó de la cabeza.

Shelby vio cómo la gorra —que formaba parte del vestuario de Miles desde hacía años— salía volando por los aires como un arrendajo azul y caía en picado a un ancho charco de barro marrón claro de la carretera.

—Mi gorra —susurró Miles.

Mientras estaban acurrucados, muy cerca el uno del otro y con la espalda pegada a la recia corteza del árbol, Shelby lo miró. Se sorprendió al ver su rostro totalmente despejado. Sus ojos parecían más grandes. El pelo despeinado. Lo encontró... guapo, como si acabara de conocerlo. Cortado, Miles se estiró aún más su pelo chafado.

Shelby carraspeó y aclaró sus ideas.

—En cuanto pase el carro, la recogemos, pero no te muevas hasta que ese tío se haya largado.

Sentía el cálido aliento de Miles en su nuca y el hueso de su cadera clavándosele en el costado. ¿Cómo podía estar tan delgado? Comía como una fiera, aunque mucha más carne que patatas. Al menos, eso diría la madre de Shelby si algún día lo conocía, cosa que ja-

más sucedería si no encontraban una Anunciadora que los devolviera al presente.

Miles se revolvió en su sitio, esforzándose por no perder su gorra de vista.

—Estate quieto —le dijo Shelby—. Ese tío podría ser algún bárbaro. Miles sostuvo un dedo en alto y ladeó la cabeza.

—Escucha. ¡Va cantando!

La nieve crujió bajo los pies de Shelby mientras estiraba el cuello alrededor del tronco para ver acercarse el carro. El conductor era un hombre rubicundo, con el cuello de la camisa sucio, unos pantalones desaliñados, sin duda hechos a mano, y un colosal chaleco de piel que llevaba ceñido a la cintura con un cinto de cuero. La gorrita de fieltro azul le quedaba como un grotesco lunar en medio de la calvorota.

Su canción presentaba el tono optimista y estridente de una tonada de tasquilla, ¡y la cantaba a voz en grito! El ruido de cascos casi acompañaba a modo de percusión su voz estridente:

—«A la ciudad, en busca de doncella, doncella fresca, doncella pechugona. Rumbo a la ciudad en busca de esposa, al atardecer, mi enamorada en San Valentín.»

—Qué nivel —dijo Shelby con ironía. Pero al menos identificó el acento del tipo, una pista—. Me da que estamos en la alegre vieja Inglaterra.

—Y a mí que hoy es San Valentín —dijo Miles.

—Genial: veinticuatro horas para gozar de mi triste soltería al estilo medieval.

Dijo esto último con un gesto dramático, pero Miles estaba demasiado ocupado observando el paso del burdo carro de madera para darse cuenta.

Los jamelgos iban guarnecidos de bridas y arneses diferentes de azul y blanco. Se les marcaban las costillas. El tipo viajaba solo, sentado en un banco de madera podrida en la cabecera del carro, que era del tamaño de la caja de carga de una camioneta e iba cubierto de una recia lona blanca. Shelby no pudo ver lo que el hombre transportaba, pero, fuera lo que fuese, era pesado. Los caballos sudaban pese al frío glacial, y los tablones de madera de la base del carro se combaban y estremecían en su avance hacia la ciudad amurallada.

—Deberíamos seguirlo —dijo Miles.

—¿Para qué? —rezongó Shelby—. ¿Buscas doncella fresca y pechugona?

—Busco a alguien conocido cuya Anunciadora podamos usar para volver a casa. Tu bálsamo, ¿recuerdas? —Le separó los labios con el pulgar. Aquella caricia la hizo enmudecer momentáneamente—. Nos resultará más fácil dar con alguien en la ciudad.

Las ruedas del carro surcaban el barrizal entre chirridos, y hacían que el conductor se bamboleara de un lado al otro. Pronto estuvo lo bastante cerca para que Shelby comprobara la tosquedad de su barba, densa y negra como su chaleco de piel de oso. Le falló la nota de la última sílaba sostenida de «enamorada» y tomó una bocanada de aire para volver a empezar. Luego interrumpió brusca-mente su canción.

—¿Qué es eso? —gruñó.

Shelby pudo ver que sus manos, rojas y agrietadas por el frío, tiraban con fuerza de las riendas para detener a los caballos. Los escuálidos animales relincharon y se detuvieron a un paso de la llamativa gorra de béisbol azul de Miles.

—No, no, no —masculló Shelby por lo bajo. Miles palideció.



El hombre descolgó su sebosa corpulencia del asiento y plantó las botas en el barro grueso. Se acercó a la gorra, se agachó gruñendo y, en un visto y no visto, se hizo con ella.

Shelby oyó a Miles tragar saliva.

Tras un golpe en los calzones ya sucios, la gorra quedó medio limpia. Sin decir una sola palabra, el tipo dio media vuelta, se subió de nuevo al carro y metió la gorra bajo la lona que cubría la parte de atrás.

Shelby se miró y, estudiando su sudadera verde con capucha, trató de imaginar la reacción del hombre si la viera salir de detrás de un árbol vestida con aquella ropa rara del futuro para recuperar su recién adquirido trofeo. La idea no era muy tranquilizadora.

Mientras Shelby se acobardaba, el hombre tiró de las riendas, el carro volvió a rodar rumbo a la ciudad, y la desafinada cantinela sonó de nuevo por enésima vez.

La había vuelto a fastidiar.

—Ay, Miles, lo siento.

—Hay que seguirlo como sea —dijo Miles, algo desesperado.

—¿En serio? —preguntó Shelby—. Solo es una gorra.

Entonces miró a Miles. Aún no estaba acostumbrada a verle la cara. Las mejillas que siempre había considerado aniñadas, ahora le parecían más fuertes, más angulosas, y sus iris brillaban con una nueva intensidad. A juzgar por su gesto alicaído, para Miles no era «solo una gorra». Ignoraba si tenía un valor sentimental o solo le traía suerte, pero haría lo que fuera por borrar aquella expresión de su rostro.

—Muy bien —espetó Shelby—. Vamos a por ella.

Antes de que Shelby pudiera procesar lo que ocurría, Miles la cogió de la mano. La notó fuerte, segura y algo impulsiva; luego tiró de ella hacia el camino.

—¡Vamos!

Por un momento, ella se resistió, pero entonces su mirada se cruzó con los arrebatadores ojos azules de Miles, y una oleada de júbilo la derribó.

Al poco, corrían por un camino medieval nevado, dejando atrás campos yermos por el invierno, cubiertos de una reluciente manta blanca que revestía los árboles y salpicaba el sucio camino. Se dirigían a la ciudad amurallada de elevadas torres de aguja y estrecha entrada con foso. De la mano, con las mejillas rosadas, los labios agrietados, riendo por nada que Shelby pudiera expresar con palabras, riendo tanto que casi olvidó lo que estaban a punto de hacer. Pero entonces, cuando Miles le gritó: «¡Salta!», volvió en sí y lo hizo.

Por un instante, casi le pareció que volaba.

Un leño nudoso formaba el ballestón posterior del carro, de la anchura mínima para guardar el equilibrio. Lo rozaron con los pies y aterrizaron en él de pura chiripa.

Por poco tiempo. El carro entró en un surco y se sacudió violentamente. El pie de Miles se deslizó y Shelby no pudo seguir sujetándose a la lona de la carreta. Sus dedos se escurrieron, sus brazos se agitaron, y Miles y ella salieron despedidos. De bruces al barro.

¡Chof!

Shelby gruñó. Le dolían las costillas. Se quitó el barro frío de los ojos y escupió un buche de aquella porquería, después miró el carro, cada vez más pequeño. La gorra de Miles se había esfumado.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Él se limpió la cara con el bajo de la camiseta.

—Yo sí. ¿Y tú? —Al verla asentir, Miles sonrió—. Pon la cara que pondría Francesca si supiera donde estamos ahora mismo. —Se

lo pidió con desenfado, pero Shelby sabía que en el fondo estaba hecho polvo.

Aun así, le siguió el juego. Le encantaba imitar a la imponente profesora de la Escuela de la Costa. Salió del charco, se alzó sobre los codos, sacó pecho y se pellizcó la nariz.

—Supongo que me negarán que se proponían deshonorar el legado de la Escuela de la Costa. ¡No quiero ni imaginar lo que dirá la pijísima dirección del centro! Y, por si no lo saben, me he roto una uña al borde de una Anunciadora intentando localizarlos a los dos.

—Venga, venga, Frankie. —Miles ayudó a Shelby a salir del barro al tiempo que ponía voz grave para imitar a Steven, el marido de monio, más relajado, de Francesca—. No nos excedamos con los nefilim. Con un semestre de fregar retretes bastará para que aprendan la lección. A fin de cuentas, su error partió de nobles intenciones.

Nobles intenciones. Encontrar a Luce.

Shelby tragó saliva, y sintió que la invadía la tristeza. Habían formado equipo, los tres. Los equipos no se disuelven.

—No la hemos dejado tirada —le dijo Miles con ternura—. Ya oíste a Daniel. Solo él puede encontrarla.

—¿Crees que la habrá encontrado ya?

—Eso espero. Dijo que lo haría, pero...

—Pero ¿qué? —preguntó Shelby.

Miles hizo una pausa.

—Luce estaba bastante cabreada cuando nos dejó a todos en el patio. Confío en que, cuando Daniel la encuentre, lo perdone.

Shelby miró fijamente a un Miles bañado en barro, consciente de lo mucho que en su día a él le había importado Luce. Debía reconocer que ella nunca había sentido eso por nadie. De hecho, lo suyo era

salir siempre con los tíos más impresentables. ¿Phil? ¡Venga ya! Si no se hubiera encaprichado de él, los Proscritos jamás habrían localizado a Luce y esta no habría tenido que saltar por la Anunciadora, y Miles y ella no estarían atrapados allí ahora. Cubiertos de barro.

Pero la cuestión no era esa, lo que la dejaba alucinada era que Miles no estuviera más mosqueado al ver a Luce coladísima por otro. Y no lo estaba. Miles era así.

—Lo perdonará —declaró Shelby al fin—. Si alguien me quisiera lo bastante como para surcar varios milenios solo para encontrarme, yo se lo perdonaría todo.

—Ah, ¿con eso bastaría? —Miles le dio un codazo.

Sin pensarlo, Shelby le respondió dándole un guantazo en el estómago con el dorso de la mano. Así era como bromeaban su madre y ella, como colegas o algo así, pero Shelby solía ser bastante más reservada con las personas que no formaban parte de su núcleo familiar. Qué raro.

—¡Eh! —Miles interrumpió sus pensamientos—. Tú y yo debemos centrarnos en llegar a la ciudad, encontrar a un ángel que pueda ayudarnos y volver a casa.

«Y, de paso, recuperar esa gorra», se dijo Shelby para sus adentros mientras Miles y ella echaban a correr detrás del carro rumbo a la ciudad.

La taberna estaba a kilómetro y medio de la muralla de la ciudad, el único establecimiento en medio de un descampado. Era un pequeño edificio de madera con un letrero batiente del mismo material y grandes barriles de cerveza pegados a las paredes.

En su carrera, Shelby y Miles habían dejado atrás cientos de árboles privados de hojas por el frío, y pedazos de nieve sucia y medio derretida sobre el camino serpentino y lleno de baches que conducía a la ciudad. Lo cierto es que no había gran cosa que ver. De hecho, habían perdido de vista el carro cuando a Shelby le había dado un pinchazo en el costado y habían tenido que frenar un poco, pero, de repente, providencialmente, lo vieron aparcado en la puerta de la taberna.

—Ese es nuestro hombre —dijo Shelby—. Habrá parado a tomar algo. Capullo. Le arrebataremos la gorra y seguiremos nuestro camino.

Miles asintió, pero cuando rodearon la parte trasera de la carreta, Shelby vio al tipo con su chaleco de piel a la entrada de la taberna y se le cayó el alma a los pies. No oía lo que decía, pero llevaba la gorra de Miles en la mano y presumía de ella delante del tabernero como si se tratara de una joya poco común.

—Vaya —dijo Miles decepcionado. Luego alzó los hombros—. Ya me compraré otra. En California las venden por todas partes.

—Hummm, vale. —Shelby dio un tortazo de frustración sobre la lona del carromato de aquel tipo. La fuerza del golpe hizo que se levantara una esquina y pudiera vislumbrar durante un segundo el montón de cajas que había dentro.

—Huy. —Coló la cabeza bajo la lona.

El interior era frío y olía que apestaba. Entre cachivaches de todo tipo, había jaulas de madera repletas de gallinas moteadas, pesados sacos de pienso, una bolsa de arpillera con herramientas de hierro sueltas y muchas cajas de madera. Intentó levantar la tapa de una de ellas, pero no cedió.

—¿Qué haces? —le preguntó Miles.

Shelby le dedicó una sonrisa torcida.

—He tenido una idea. —Cogió del saco de herramientas algo que parecía una palanca pequeña y levantó con ella la tapa de la caja que tenía más cerca—. Bingo.

—¿Shelby?

—Si entramos en la ciudad vestidos con esto —dijo sacando hacia fuera el forro del bolsillo de su sudadera verde con capucha para mayor énfasis—, daríamos el cante, ¿no crees?

De nuevo bajo la lona, encontró unas ropas sencillas, descoloridas y ajadas, que probablemente la familia del carretero ya no necesitaba. Fue lanzándole esas joyitas a Miles, que se esforzaba por atraparlas todo.

Enseguida Miles, tenía en las manos un vestido de lino verde claro con mangas de campana y una franja dorada bordada en el centro, un par de medias de amarillo limón y un gorrito a modo de griñón de lino gris parduzco.

—¿Y tú qué te pones? —bromeó Miles.

Shelby tuvo que hurgar en media docena más de cajas de andrajos, clavos torcidos y piedras pulidas para encontrar algo que le valiera a Miles. Al fin, sacó una simple túnica azul de recio algodón. Lo protegería de aquel viento gélido; era lo bastante larga como para taparle las Nike y, por alguna razón, le pareció que le iba de miedo a sus ojos.

Ella se quitó la sudadera y la tiró a la parte posterior del carro. Mientras se echaba por encima del top y los vaqueros el vaporoso vestido, la piel de los brazos desnudos se le puso de gallina.

A Miles no parecía convencerle la jugada.

—Me da cosa robar lo que ese tipo probablemente pensaba vender en la ciudad —le susurró.

—Karma, Miles. Él te ha robado la gorra.

—No, él se ha encontrado mi gorra. ¿Y si tiene una familia a la que mantener?

Shelby silbó en voz baja.

—Tú no sobrevivirías en los barrios bajos, hijo —dijo encogéndose de hombros—, salvo que me llevaras contigo para que te protegiera. Mira, hoy por ti mañana por mí; compensaremos al universo de algún modo. Mi sudadera... —La metió en una caja—. ¿Quién sabe? Igual las sudaderas con capucha se convierten en la prenda más *fashion* de la próxima temporada en los anfiteatros anatómicos o donde se diviertan por estos lares.

Miles le puso el gorrito encima de la cabeza, pero, con la coleta, no le entraba, así que le quitó la goma. La melena rubia de Shelby se desparramó sobre sus hombros. Ahora era ella quien se sonrojaba. Su pelo era un descontrol y jamás lo llevaba suelto, pero los ojos de Miles se iluminaron mientras le colocaba el gorro en la cabeza.

—Milady. —Le tendió la mano, galante—. ¿Me concedéis el placer de acompañarme a esta bella ciudad?

Si Luce hubiera estado allí, cuando los tres no eran más que amigos y las cosas eran algo menos complicadas, Shelby habría sabido responder a aquella broma con otra. Luce habría puesto su vocecilla de recatada damisela en apuros y habría tildado a Miles de caballero de resplandeciente armadura o alguna parida así, a lo que Shelby habría podido replicar con cualquier comentario sarcástico y los tres se habrían partido de risa, y aquella extraña tensión que Shelby sen-

tía entre sus hombros, la opresión que notaba en su pecho, no habría existido. Todo habría sido natural, normal.

Pero estaban ellos dos solos.

Juntos. Solos.

Se volvieron hacia la muralla de piedra negra que cercaba la ciudad, presidida por un torreón central. De las pértigas de hierro de la alta torre colgaban banderas de color caléndula. El aire olía a carbón y a heno enmohecido. Del interior de los muros llegaba música, de lira, quizá, y tambores de cuero fino. En alguna parte de ahí dentro, eso esperaba Shelby, habría un ángel cuya Anunciadora podría devolverlos al presente, a su época.

Miles seguía tendiéndole la mano, y mirándola como si no fuera consciente de lo intenso que era el azul de sus ojos. Shelby respiró hondo y posó su mano en la de él. Miles le dio un ligero apretón y los dos se dirigieron con calma a la ciudad.